

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

JULIO DE 1924

NÚM. 4

Enrique Molina

J. M. Guyau el filósofo-poeta

Palabras previas al estudio de su filosofía



DESPUÉS de haber convivido durante algún tiempo con el espíritu de Guyau, que se desprende de sus obras, me pongo a escribir este ensayo lleno de veneración hacia él. Es una veneración simpática, cariñosa y dulce la que inspira ese filósofo-poeta, alma atormentada y noble, esforzada, infatigable y doliente, que realizó en su corazón la armonía suprema de la ciencia, de la poesía y del amor.

Guyau pertenece por su temperamento a esa escuela llamada por Michelet «humana y sentimental» que principia con Abelardo en el siglo XII y tiene más tarde como representantes a Fenelón y Rousseau.

En la segunda mitad del siglo XIX (1854-1888) señala Guyau un momento de la evolución filosófica entre el positivismo de mediados de la centuria y el idealismo trascendental de nuestra época. Se encuentra ligado al positivismo austero y seco de Comte, al positivismo sonriente, amargo y travieso de Renán y a la macicez erudita y seria hermoseedada por el arte del pensamiento de Taine. Pero no es tan exclusivamente positivista y es más idealista que ellos. Por esta característica suya debe figurar Guyau como un precursor de Bergson, Boutroux, James y Eucken; más su idealismo es ante todo sentimental y humano y no toma las formas metafísicas trascendentales que reviste en las ideas de estos filósofos. Su mente no se siente atraída por los problemas del ser y de la sustancia, del origen

de la vida, del sujeto y del objeto, u otros análogos sino que busca todos aquellos tópicos que tengan algo de calor cordial. Parece que Guyau hubiera previsto que sus años iban a ser brevemente contados y dispuesto que su alma fuera en ese corto lapso lo más útil y radiante posible. Así aplica su genio a los asuntos de interés social, como ser el arte, la moral, la educación y la religión.

La vida de Guyau no tiene aventuras; no viaja, no ocupa grandes puestos públicos, no recibe honores. Es una vida de riqueza y grandeza interiores en que se aunan la abnegación exquisita del redentor, la erudición y la agudeza del filósofo, la inspiración del poeta y la sonrisa confiada del mártir. Cabría dar a Guyau el dictado de super-humano, no en el sentido brutal y atropellador que es propio del desequilibrado super-hombre de Nietzsche, sino precisamente en un sentido contrario, por la negación de todo egoísmo que caracteriza a su actividad, al mismo tiempo que el entusiasmo y la ternura brotan como de una fuente pura de su corazón.

Guyau fué un genio precoz. A los quince años escribió su poesía intitulada «El Problema de Hamlet», en que considera la muerte como una posibilidad de recorrer el misterio que le rodea y de encontrar la verdad definitiva. Se ve por que alluras iban los ensueños de este adolescente. En su poesía «Leyendo a Kant»: compuesta a los diecisiete años afirma la superioridad, tanto en cuanto al valor como en cuanto a su carácter de existente, de lo ideal sobre lo real, y podría considerarse que hace suyo el imperativo categórico al decir: «El hombre al frente del mal debe decidir sin pruebas, a pesar de la oscuridad que le vela el cielo, si lo ideal no es más verdadero que lo real». Confirma este idealismo casi absoluto en la poesía «Leyendo a Fichte», del mismo tiempo, poesía en que presenta la vida de la conciencia como la única verdadera frente a la materia que solo es una sombra y donde consecuentemente, sostiene la soberanía de su libertad interior ante el determinismo externo con una actitud semejante a la que asumirá Bergson quince años más tarde al afirmar que es libre porque se siente libre.

A los veinte años presentó nuestro joven filósofo a la Academia de Ciencias Morales una memoria sobre la moral utilitaria, tan sólidamente documentada y concebida que los señores académicos creyeron que no podría ser sino un trabajo llevado a cabo por Alfredo Fouillée, suegro de Guyau. Pero las nuevas producciones de este, que se siguieron rápidamente en pocos años, desvanecieron toda duda al respecto y probaron de una manera brillante que una inteligencia había aparecido para mayor gloria de la filosofía francesa y de la humanidad. (1)

«Platón, Epicteto y Kant para la filosofía dice Fouillée, Corneille, Hugo y Musset para la poesía, fueron sus primeros maestros. Aun adolescente le era familiar la filosofía griega, llena de ese ardor divino de que habla Platón en el

(1) Las principales obras de Guyau son: *La Morale d'Épicure* (1878) *Le Morale anglaise contemporaine* (1879). *Vers d'un philosophe* (1881). *Problèmes de l'esthétique contemporaine* (1884). *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction* (1884). *L'Irreligion de l'avenir* (1886). *La Genèse de l'idée de temps.—Éducation et hérédité.—L'art au point de vue sociologique.* (Publicada después de su muerte.)

Parménides. Su primera y única religión había sido el idealismo platónico y kantiano. El amor le parecía, como a Platón, el alma de la naturaleza entera. (2)

Los tormentos de orden espiritual suelen ser el lote de algunas almas grandes así como el frío y el enrarecimiento de las capas superiores del aire deben sentirlos las aves que se elevan a grandes alturas. La duda insufló en Guyau desde temprano sus inquietudes; pero no la rechazó. Al contrario. «Amo la duda y su ansiedad» decía. Y en otra poesía: «La duda permanecerá en mi corazón rebelde mientras haya sufrimientos en la tierra.» Nuestras ciencias, nuestras artes son para él como los juegos de los niños que celebran alborozados la espuma de las olas que lamen la playa sin sospechar la inmensidad abismática del océano. Nuestro pensamiento se regocijaría con la espuma de las cosas mientras los misterios de la naturaleza nos rodean por todo el horizonte.

Tales inquietudes, unidas a sus dolencias físicas, que lo condujeron a una muerte prematura, podrían haber hecho de él con razón un pesimista; pero la ternura y la exquisita riqueza de su alma no lo permitieron. Animado de inagotable confianza dice en una de sus poesías: «Lo que hace la grandeza de nuestra pálida Tierra—Globo apagado que se mueve al azar por los espacios celestes—Es que ella es el único rincón del mundo donde se espera.»

La delicadeza de sentimientos y el valor moral se muestran aunados en Guyau en una hermosa influencia recíproca. A este revolucionario de la ética parecía que le brotara del pecho un manantial de la más pura y espontánea austeridad. «Se apasionó, dice Foullée, por la gran moral estoica y la practicó toda su vida temperándola con una bondad expansiva, enteramente consagrada a los demás no pensando con los estoicos que se pudiera amar sin adherirse.»

¡Qué gran lugar ocupan las más nobles y elevadas manifestaciones del amor en el espíritu del malogrado Guyau! ¡Cómo es un espejo de pureza espontánea y sincera su sencilla poesía intitulada «A la luz del hogar» (Au reflet du foyer)! ¡Qué lejos nos encontramos ahí de los alambicamientos de poetas complicados, ampulosos y falsamente atormentados y de los que prefieren para materias del arte el adulterio, la pasión arrebatadora o la seducción donjuanesca! Canta simplemente Guyau la dicha del amor conyugal y la ilusión del marido que gracias a la venda puesta por el cariño sigue viendo en el rostro de su esposa una belleza juvenil a pesar de que empieza a ser ajado por el tiempo.

Pero ha inspirado principalmente a nuestro joven pensador el amor que podríamos llamar filosófico y social. Este sentimiento en sus más variados y ricos aspectos, constituye el *leit-motif*, el recorte expansivo, de todas sus obras. Así dice en su poesía «solidaridad»: «Un poema eterno se desenvuelve y vive en el universo. No soy en él más que una sílaba, una palabra y no un verso. ¿Qué importa si encuentro un encanto en el ritmo divino que me lleva? Vibrando con el todo ¿de qué me sirve perseguir esta voz tan dulce al corazón y tan cara: Libertad?—Prefiero esta otra: Solidaridad. La vida es para mí un concurso, un concierto.»

(2) La Morale, l'art et la religion d'après Guyau.

El desastre del año 70 le arranca acentos doloridos en favor de la Francia y de la humanidad. «La injusticia llama a la injusticia, dice. Triste fecundidad, el mal produce el mal! ¿Qué siglo pondrá fin a este círculo fatal? ¿Qué pueblo, renunciando a obtener la última victoria, enanchará el horizonte de la historia? No sé, pero mi corazón desde luego te bendice, oh pueblo, que has de poner fin a la guerra. Trabaja para tí, tomo en mis manos tu causa, te amo oh pueblo en quien el porvenir reposa y que tendrás por divisa: justicia y libertad, porque llevas en tu seno a la humanidad.»

En el olvido de sí mismo, en el amor a los demás, encuentra Guyau un bálsamo para la angustia de morir joven. Ese noble y resignado ánimo suyo se muestra con sencillez en su última poesía *La Muerte de la Cigarra*, que no es posible leer sin sentir el corazón atenazado. Oh! el dolor inmenso de una vida nueva que se extingue prematuramente, de una primavera espiritual agotada en seco por una racha implacable del destino. Refiriéndose a la cigarra dice fríamente el filósofo-poeta: «Cantora de los soles de la Grecia, que un día de frío puede transir, te pareces a mi juventud, que cantaba y va a morir.» Luego encontrando el refugio de la abnegación en su alma generosa agrega: «Cuando uno se olvida bastante de sí mismo calla su alegría y sus dolores; vueltos los ojos hacia los seres amados, no se sienten más males que los suyos. El arte es vano y solitario; soñar es dulce, pero obrar vale más; tengo otra cosa mejor que hacer en este mundo que escuchar los latidos de mi corazón. Que el amor a los demás, me enlace, que en otro corazón me olvide. Risas o lágrimas de mi vida ¿valeis siquiera un verso?»

De esta suerte sin lamentaciones y entonando un himno de amor, dejó de existir Guyau a los treinta y tres años de edad.

ENRIQUE MOLINA